

SEMINARIO

DESDE EL SEMINARIO DE CIUDAD-REAL

Queridos amigos:

Cuando hablamos de pobreza solemos hacerlo para referirnos a una injusticia social, al producto de la desigual distribución de las riquezas, que beneficia a unos cuantos a expensas de los demás. Es la pobreza como contravalor humano, como lacra de la sociedad, que debemos hacer desaparecer, para crear un mundo de igualdad. Sin embargo, éste no es el único significado que contiene esta palabra tan profunda y cargada de sentido. Podemos tratar también sobre la pobreza como la virtud humana de la austeridad, la medida, la equidad, la sobriedad en el estilo de vida. Tenemos por otra parte la "pobreza canónica", que consiste en poner todos los bienes propios en manos de un superior, sin disponer de ellos libremente, para hacer libre uso ante las necesidades de una comunidad. Y existe aún una cuarta acepción: la "pobreza evangélica", predicada por Jesucristo, la más compleja y la más indefinible, es la humildad de corazón, la sencillez de espíritu, una confianza ilimitada en el amor de Dios que hacemos con el uso de nuestra completa libertad. Ésta es la pobreza de la desposesión total, a la que aspira el cristiano, la pobreza de las bienaventuranzas.

Contemplamos asombrados las condiciones de enorme miseria de tanta gente que nos presentan la televisión, la radio o los periódicos, y realmente que sufrimos con rabia, sujetados por la impotencia de quien quiere pero está fuera de sus posibilidades. En nuestro pueblo, en nuestro entorno también existe la pobreza. Un estudio realizado recientemente en la diócesis por Cáritas, señala que son cuarenta mil las personas pobres en nuestra provincia, entre las cuales se encuentra un grupo significativo de personas en una situación de extrema necesidad.

La cooperación siempre está al alcance de nuestra mano. En mayor o menor medida podremos colaborar con los más desfavorecidos, apartando una parte de lo nuestro para entregarlo al que no tiene. Pero, el cambio no tiene que producirse desde aquí.

En el transcurso de la historia de Israel primero, y del cristianismo después, aparecen los "anawim", muy mencionados en la Biblia, una muchedumbre de pequeños, los anónimos, los ignorados; hombres que en su humilde quehacer diario alaban a Dios desde su trabajo, son personas probadas por el sufrimiento, con convicciones fuertemente arraigadas, que han alcanzado la madurez y saben con seguridad que ante la adversidad Dios está con ellos. Conocen la verdadera humildad y se abandonan en Dios. Ellos han comprendido que ser pobre es depender y recibir de otro; por eso, nadie puede hacerse pobre a sí mismo, sino sólo dejando que Cristo actúe. Ésta es la posición del indigente, de quien sabe que por sí mismo no podrá hacer nada, necesita de los demás, sabe que por sí mismo no podrá hacer nada, y se acurruca en las manos de Dios diciendo: "Señor, haz de mí lo que quieras". Estos anawim son el gran grupo de los pequeños, de los pobres de Dios, pero los pobres salvadores del mundo.

Desde este estilo de pobreza, que constituye una personalidad robusta, podemos emprender la marcha para luchar contra cualquier injusticia humana, y no como un simple hecho esporádico de generosidad, sino como algo vivencial y natural de quien tiene entrañas de misericordia porque Dios está en él.

"De éstos es el Reino de los Cielos."

Primero de Teología.